

Alfonso Franco Silva. *Juan Pacheco, privado de Enrique IV de Castilla. La pasión por la riqueza y el poder*, Granada, Universidad de Granada (en coedición con las de Sevilla y Cádiz), 2011, 750 pp., ISBN: 978-84-338-5333-2.

RAFAEL SÁNCHEZ SAUS

Alfonso Franco es uno de nuestros mayores especialistas en el complejo ámbito del mundo señorial castellano de la Baja Edad Media. Desde hace décadas, el profesor Franco ha ido presentando en multitud de trabajos de muy distinta envergadura linajes, señoríos, conflictos, situaciones políticas, documentos de gran alcance y otras muchas parcelas del universo señorial. Su gran facilidad para la exposición de un tema y su capacidad para lo que es su vida y su pasión, la investigación histórica, ha generado una enorme producción que sólo ahora, con la aparición de este libro, cobra todo su sentido. En efecto, la lectura de esta gran obra —que lo es y no sólo por su generoso arqueo— permite comprobar la coherencia que secretamente y durante muchos años enhebraba el trabajo investigador de Alfonso Franco. En el fondo, es como si todo lo anterior hubiera servido de aproximación y preparación a la obra que hoy podemos disfrutar. Y es que la vida y avatares de Juan Pacheco, el gran valido de Enrique IV, cuyo reinado dominó pudiera decirse que de principio a fin, ha sido para el profesor Franco mucho más que un mero tema de estudio, y eso es algo visible desde la primera a la última de estas 750 páginas.

Alfonso Franco ha trabajado durante muchos años en este libro, y no sólo de forma indirecta como acabamos de exponer, también de manera directa y en la medida en que se lo iban permitiendo sus circunstancias y compromisos. Desde hace años, Juan Pacheco formaba parte de la intimidad de Alfonso Franco y hacia Juan Pacheco confluían todos los ríos de sus lecturas, sus investigaciones y sus reflexiones. En la Introducción del libro, el autor deja sentado que su origen está en el ya remoto 1983, cuando por vez primera accedió a los fondos del Archivo Ducal de Frías, entonces en el majestuoso castillo de Montemayor, en la campiña cordobesa. La copiosa documentación que allí se conservaba sobre los Pacheco —hoy en Toledo, como todo el archivo— ha sido, según la confesión del propio Alfonso Franco, la base de toda su trayectoria investigadora y el principal sustrato sobre el que ha podido componer este libro. La documentación de Frías emerge una y otra vez a lo largo de toda la obra, enriqueciéndola y situándola a un nivel

muy superior de todo lo que hasta ahora sabíamos del largo periodo en que Juan Pacheco actuó en la política castellana, desde 1440 hasta su muerte en 1474. Esa documentación es también el nutriente exclusivo del amplio apéndice documental de doscientas cincuenta páginas que complementa el estudio, en el que hay piezas de gran valor, inéditas en su mayoría, no sólo para la comprensión de la personalidad de Juan Pacheco, como pudieran ser los documentos de fundación de mayorazgo de 1459 y 1462, o el traslado realizado en 1476 de su testamento de 1472, sino para el conocimiento del reinado de Enrique IV,

Ahora bien, Alfonso Franco, como sabíamos y queda nuevamente demostrado en este libro, no es sólo un perfecto conocedor de los fondos documentales de Frías, sino de la rica y compleja cronística del periodo, que es la otra gran fuente de que se alimenta el estudio. Una cronística que el autor emplea con generosidad y acierto, en especial las obras de Enríquez del Castillo y de Alonso de Palencia, cuyos puntos de vista, tan contrapuestos en la valoración de la persona y reinado de Enrique IV, coinciden sin embargo en la negativa o pésima de la figura de su sempiterno valido. No siempre les sigue en esto el autor, quien, si no se engaña nunca acerca de la catadura moral de su personaje y a menudo vierte contra él su propia indignación, otras veces sucumbe al atractivo que para todo historiador acaba teniendo el asunto al que se entrega. Para el profesor Franco, Juan Pacheco no ha recibido justicia de la historiografía, ni de la de su tiempo ni de la mucha tinta vertida con posterioridad sobre época tan difícil y controvertida. De toda esa moderna historiografía, Alfonso Franco, que la conoce exhaustivamente, declara en todo momento su predilección por la gran obra de Luis Suárez Fernández, a quien sigue en las líneas principales del desarrollo histórico del siglo XV, aunque no deja de corregirle los errores de detalle que a veces, lógicamente, encuentra al penetrar en los entresijos de situaciones que él ha llegado a conocer como nadie hasta ahora.

Pudiéramos decir que sobre esos tres grandes bastiones –Archivo Ducal de Frías, cronística castellana y la obra de Luis Suárez– cimenta Alfonso Franco la fortaleza de su propia obra, la que desarrolla y corona con sus grandes dotes de historiador y de narrador. Con todo, la necesidad de incorporar al discurso fundamentalmente biográfico que es este libro el gran acopio documental de Frías, en el que predomina todo lo que tiene que ver con la adquisición del enorme patrimonio de Pacheco, hace que algunas veces el relato derive hacia una interminable sucesión de donaciones, permutas, compras y demás procedimientos, más o menos legítimos, que permitieron semejante acopio. En ese sentido, se echa en falta un cierto aparato cartográfico que hubiera ayudado a situar tanta adquisición, a veces, nos tememos, mal localizada incluso por el propio autor. Más allá de la indudable utilidad, más aún necesidad, de ese conocimiento exhaustivo del patrimonio, en ocasiones da la impresión de que el profesor Franco se ha podido dejar seducir, como un contemporáneo más del propio marqués de Villena, por

la magnificencia de los bienes acumulados y admirado por la habilidad sin melindres del sujeto para allegarlos.

Con estos fuertes mimbres, Alfonso Franco ha construido una obra de estructura sencilla y muy eficaz, de corte clásico, basada ante todo en la exhaustiva exposición cronológica de los hechos. El libro se estructura en seis capítulos del que sólo el primero, dedicado al linaje Pacheco desde sus orígenes portugueses hasta la generación previa a la de Juan Pacheco y su hermano Pedro Girón, no responde del todo a esa factura. Un capítulo primero que nos parece el mejor escrito del libro y que es una pequeña joya hasta cierto punto autónoma respecto del resto de la obra. Esta reseña se haría interminable si aspirase a dar cuenta, siquiera ínfima, del contenido de los cinco siguientes, en los que el autor va siguiendo y presentando con todo detalle las etapas del engrandecimiento del personaje y su extraordinaria capacidad para la intriga política y el ejercicio poco escrupuloso del poder. Los momentos principales de esa evolución desde la insignificancia a la casi omnipotencia en el reino de Castilla han sido elegidos por el autor como hitos de su narración. Así, el capítulo II abarca los años de 1440 a 1445, en los que el joven Pacheco pasa de ser un simple doncel del príncipe de Asturias, a la sombra de Álvaro de Luna, a marqués de Villena; el III se ocupa de los convulsos años restantes del reinado de Juan II y de las maniobras políticas en que destacó Pacheco, no perdiendo ocasión para erosionar la posición de don Álvaro y, al mismo tiempo, acumulando un gran número de señoríos y honores, de modo que en 1454 era ya uno de los personajes más poderosos del reino. El IV capítulo se prolonga desde ese año, inicio del reinado de Enrique IV hasta el de 1464, década en la que Pacheco ejerce un poder omnímodo, al menos hasta 1463, cuando durante algún tiempo su estrella pareció eclipsarse en beneficio del nuevo favorito, Beltrán de la Cueva. El nombramiento de este como maestre de Santiago, cargo que Pacheco ambicionaba desde tiempo atrás, en mayo de 1464 supuso la ruptura del marqués de Villena y de su aliado, el arzobispo Carrillo, con el rey. La guerra civil consiguiente, entre 1464 y 1468, es el motivo del V capítulo. En ella Pacheco jugó un papel central como cabeza de la liga nobiliaria primero y, desde junio de 1465, como principal valedor del joven príncipe Alfonso (XII), alzado contra su hermano Enrique IV, del que consiguió por fin el ansiado maestrazgo de Santiago en 1467. La muerte de don Alfonso en 1468 permitió la reconciliación de Juan Pacheco con Enrique IV y el comienzo de un nuevo período, que ocupa el capítulo VI de nuestro libro, que llega hasta la muerte del maestre el 4 de octubre de 1474, cuando sólo contaba cincuenta y cinco años. El gran asunto de esos años, en el que por supuesto Pacheco es actor principal, es el pleito por la sucesión futura de Enrique IV en medio de la descomposición del reino, sumido en el desgobierno y en la conflictividad. La guerra civil que seguirá a la muerte de Enrique IV supondrá, con el triunfo de los Reyes Católicos, la apertura de un nuevo periodo de la historia de España y, en lo que al linaje Pacheco respecta, una

drástica reducción de su poder. Como señala Alfonso Franco, esta circunstancia determinó en buena medida el juicio posterior sobre la figura de Juan Pacheco.

Un libro así estructurado, que hace de la sucesión de los acontecimientos políticos la trama sobre la que situar en cada momento el avatar personal del biografiado, requiere de unas grandes dotes de narrador para sostenerse a lo largo de las cuatrocientas páginas que ocupan los capítulos referidos. Se hace difícil insertar en ellas cuestiones de gran interés que, sin embargo, no dependen del discurrir de los hechos políticos y sus continuos vaivenes. Por ello, Alfonso Franco se ha visto en la precisión de completar la obra, además de con el monumental apéndice ya referido, con dos importantes anexos referidos a los mayorazgos y a la familia de Juan Pacheco, que aportan datos fundamentales sobre la personalidad privada, o al menos no directamente política, del biografiado. Ese predominio absoluto de lo político oculta también, y esto no queda resuelto en el libro, otros aspectos que hubiera sido interesante conocer, y que sin duda el autor podría ilustrar, como las inquietudes religiosas del que fue fundador del monasterio del Parral, o las de carácter cultural en unas cortes tan activas en ese sentido como las de Juan II y Enrique IV. Pero ciertamente no parece justo pedir todavía más a quien presenta un libro de este porte y ha puesto un sillar de semejante solidez al conocimiento de un personaje de la talla de Juan Pacheco y a su difícil y apasionante época. Alfonso Franco, del que todavía cabe esperar muchas obras importantes, ha presentado ya con esta, sin embargo, la gran obra de su vida, la que le permite ocupar un sitio entre los grandes historiadores del siglo XV castellano por los que él mismo tanta admiración muestra a lo largo de estas páginas y a los que tantos y tan merecidos homenajes tributa.